

SERMON

DE

SANTA ROSA DE LIMA

PRONUNCIADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

POR EL DR. MANUEL FERNANDEZ SAAVEDRA

EN EL AÑO DE 1851



— BOGOTA —

1918

SERMON

DE

SANTA ROSA DE LIMA

PRONUNCIADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

POR EL DR. MANUEL FERNANDEZ SAAVEDRA

EN EL AÑO DE 1851



— BOGOTA —

1918

SERMON

QUE EN LA FIESTA DE SANTA ROSA DE LIMA
PREDICÓ EN LA IGLESIA CATEDRAL, EL 30 DE AGOSTO DE 1851

EL DOCTOR MANUEL FERNANDEZ SAAVEDRA

DIGNIDAD DE TESORERO DE DICHA IGLESIA (1)

*Roboravit brachium suum, gustavit et vidit
quia bona est negociatio ejus.*

Robusteció su brazo para no desfallecer;
por su propia experiencia ha visto que
su negociación es buena.

DE LOS PROVERBIOS CAP. 31.

Ilustrísimo Señor: (2)

Si alguna vez pudiera lisonjearme de haber ocupado la cátedra santa, sin el menor riesgo de defraudar la benévola atención con que siempre me escucha el pueblo fiel, es sin duda en este día, en el que la religión y el patriotismo están de concierto en hacer completamente interesante para nosotros la presente solemnidad. La religión, porque veneramos una virgen en cuyo sexo débil, en cuya natural delicadeza, se admira todo el poder y la fuerza de la paciencia cristiana, virtud sublime, que sosteniendo y realzando la virginidad de la augusta esposa de Jesucristo, forma su más bello y pronunciado carácter, como lo canta la Iglesia: *patientiae decore*. (Oración del día). El patriotismo, porque, señores, la incomparable Rosa, modelo de la piedad, ejemplar del cristiano sufrimiento, y ornamento de su sexo, es la hermosa y fragante flor que ha produ-

(1) Este sermón se publicó por primera vez en la «Imprenta de Echeverría Hermanos,» en el año de 1851. Al reimprimirlo, se ha preferido la ortografía, tal como está hoy admitida.

(2) El Cabildo Metropolitano.

cido el suelo americano, cuyos aromas han llenado de suavidad los dilatados ámbitos de la Iglesia: *Indis florescere voluisti (id.)* ¡Santa Rosa de Lima!... este nombre representa a la imaginación, una heroína, cuya fortaleza se hace superior al complicado y extraordinario cúmulo de penas de todo género, y trae a la memoria aquella cadena de maravillas, de favores insólitos con que aun sobre la tierra galardonó el cielo su paciencia heroica: una virgen, que correspondiendo a los designios de Dios sufre con magnanimidad las terribles pruebas con que el Señor suele aquilatar la virtud de sus siervos; y que aun en las mismas inefables delicias de que se ve colmada, se ofrece igual a sí misma, sin que las unas ni las otras turben o alteren su inmutable constancia; tal es, católicos, en breves palabras, el prodigioso conjunto de circunstancias que reproducen en Rosa los bellos rasgos con que Salomón nos ha trazado el retrato de la mujer fuerte. Enrobusteció su brazo con la poderosa armadura de Dios, para soportar sin desfallecer, el grave peso de la mortificación, el más grave de la desolación, el intolerable peso de la detracción: *roboravit brachium suum*, primera parte.—Gustó el delicioso fruto con que el divino Esposo recompensó generosamente su heroica paciencia: *gustavit et vidit*, segunda parte.—Tal es, señores, el plan de este panegírico moral, en el que con el admirable modelo que tenéis a la vista, os mostraré cómo combate el cristiano, y el galardón que le está prometido. Mas para referir con fruto las heroicas acciones de Rosa, y hablar dignamente de una Santa que tanto honor hace al suelo americano, imploremos los auxilios de la gracia.

Ave María.

PRIMERA PARTE

Una criatura escogida por Dios para manifestar en ella todo el poder de la paciencia cristiana, preciso era fuese prevenida con bendiciones de dulzura, según la frase del Salmista (*Ps. 20*). Y en efecto; la general ley de dar a luz con dolor, que ha tenido una especial excepción en la madre de nuestra Santa cuando la dio a luz, y el extraordinario prodigio de haberse transformado su semblante a los tres

meses de nacida, en una hermosísima rosa, lo que dio motivo a que tomando este nombre dejase el de Isabel que se le había dado en el bautismo, y al que la Santísima Virgen quiso añadiese el de su nombre, mandándola, en una de las apariciones con que la favoreció, que en adelante se llamase Rosa de Santa María; estos prodigios manifiestan la abundancia de gracias con que desde entonces la distinguiera el Padre de las luces. Mas yo no me detengo en admirar estas y otras circunstancias que marcaran los primeros años de Rosa, y me apresuro a mostraros, brevemente, el triplicado crisol de penitencia, desolación y detracción de que su paciencia salió más sólida y brillante.

Resuelta a seguir, por particular inspiración, la áspera y escabrosa senda de Santa Catalina de Sena, comienza el tremendo aprendizaje por atormentar su inocente cuerpo con los dolorosos y cruentos golpes, ya de cordeles retorcidos, ya de disciplinas de hierro: ciñese una cadena, que hubiera agobiado al solitario más esforzado, aprieta y cierra los anillos extremos con un candado, cuya llave arroja en el fondo de un pozo, sin duda para impedir que se abriese. Tan terrible silicio la pone a punto de morir; para arrancarlo sería precisa una operación dolorosa, y gracias a que la Providencia quiso saltase al fin la chapilla para desembarazarla de aquel suplicio mortífero. Ansiosa sin embargo, de padecer, sustituye la cadena con una túnica de piel de cerdo, cuyas ásperas y punzantes púas la sirven de un prolongado martirio. ¿Qué diré de sus ayunos? En las cuaresmas, todo su alimento diario se reduce a cinco gajillos de naranja. Paso en silencio la corona de puntas que ciñó su frente y otras invenciones a cual más dolorosas, porque reclaman mi atención las penas interiores de su alma. Los dulces favores con que el cielo la sostenía en tan rudos combates, cesan de repente. Improvisamente se levanta en su corazón un mar de tentaciones que la agitan, caliginosas tinieblas oscurecen su entendimiento, titubea entre las arideces y amarguras; los escrúpulos la despedazan, los remordimientos la atormentan, la penitencia la asusta, la oración le repugna, la soledad la acobarda. Dadme un corazón que

ame, repetiré yo aquí con San Agustín (1), y él comprenderá toda la acerbidad de las penas de Rosa. ¿Y por cuánto tiempo sufre este espantoso suplicio? ¡Todos los días, por el espacio de muchas horas, y por el largo período de quince años continuos!... Pero al fin estas penas, por acerbas que sean, vienen inmediatamente de manos de un Dios, que como Padre de todas sus criaturas, sabe combinar *la ira con la misericordia*, según la expresión de un profeta. (*Hab. 3*). Lo que Rosa sufre de parte de los hombres, eso sí que es intolerable. La calumnia, ha dicho Salomón, *conturba a los sabios y les hace perder toda su fuerza y valor* (*Ecles. c. 7*), y el Espíritu Santo, incapaz de exagerar, nos ha dicho en los Proverbios (c. 6) que es *preferible el infierno con todos sus horrores a una lengua maldiciente y destructora*. Desencadenáronse las lenguas contra Rosa; sospechas injustas, suposiciones temerarias, oprobios y denuestos se lanzan por todas partes, sin que la perdonen sus más inmediatos parientes, *domesticorum insultibus* (*Brev. Rom.*); unos la califican de ilusa, otros la tienen por loca, y por decirlo de una vez, y para decirlo con la valiente expresión de la Iglesia en el oficio de este día, *las feroces dentelladas de la lengua se ceban en la reputación de Rosa; linguarum morcibus dire agitata* (*ibid.*) Desolada, abatida, despreciada, en nada se desmiente a sí misma nuestra Santa; tan terribles pruebas realzaron más su paciencia, y los ilustres ejemplos de magnanimidad y sufrimiento que nos ha dado esta virgen heroica son otras tantas lecciones que podremos aprovechar, si en los combates que tenemos que sostener, *porque la vida del hombre es una milicia*, según la Escritura (*Job.*), nos valemos de la misma armadura que Rosa. ¿Y cuál es esta armadura? Es, católicos, aquella misma con la que Jesucristo *triunfó de los principados y de las potestades*, según las palabras del Apóstol (*Colos. 3*); con la que conquistó el universo, *domando al mundo no con el hierro sino con el leño*, según la expresión de San Agustín (2); con la que los apóstoles, los mártires, los san-

(1) Tract. 26 in Joann.

(2) Tractat. in Ps. 54.

tos todos, derribaron los ídolos, convirtieron a los paganos y triunfaron del mundo, del demonio y de la carne: la santa Cruz; Jesucristo no ha dado otra arma a sus discípulos para anunciar y sostener su Evangelio que la Cruz; pero con sólo este divino instrumento nosotros tenemos, según la frase del Apóstol, toda *la armadura de Dios* (*Efes. 4*). En vano los herejes de todos los tiempos han pretendido abollar el fino temple de esta armadura; en vano los calvinistas pretenden aniquilar la Cruz diciendo que carece de virtud y que es un signo impotente (1); en vano los herejes del siglo I de la Iglesia, Simón Mago, Cerinto, Basilides y otros se sublevaron contra la Cruz, pues contra cada uno de estos blasfemos tronaba el insigne mártir Ignacio cuando decía: «El príncipe de este mundo, que es el diablo, se alegra cuando tú niegas la Cruz de Cristo, cuya confesión lo hace estremecer y lo pone en fuga; tú que desconoces la virtud y el poder de la Cruz, *crucem negaris*, ¿sabes lo que haces? Pues escúchalo bien (añade el santo); tú te avergüenzas de la Pasión de Cristo, pones en duda el precio de la redención humana y divides horrendamente a Jesucristo»; *facit, ut passionem erubescant, mortem, opinionem vocent, nativitatem et ortum ex virgine, circumcidant* (2). Y el Evangelista San Juan, aludiendo a estos herejes, que habían llevado al Asia sus funestos errores, decía: «Estos enemigos de la Cruz de Cristo son los que dividen a Cristo, y todo el que divide a Cristo ese es el antecristo: *qui solvit Jesum, hic est anticristus*» (*Ep. 2, c. 4*). Contra estos enemigos de la Cruz de Cristo, como los llama San Pablo, *inimicos crucis Christi*, escribía el mismo Apóstol a los fieles de Filipos diciéndoles: «Discurren entre vosotros varios enemigos de la Cruz de Cristo, cuyo fin será trágico, *quorum finis interitus*, no sólo porque al enunciar tales errores sólo tienen en mira los goces materiales y los intereses terrenos, *qui terrena sapiunt*, sino porque han perdido el pudor hasta llegar al extremo de fundar su gloria en la ignominia de sus blasfemias; *quorum gloria in confusione ipsorum.*» Este

(1) Bergier, Dicc. teológ. V. Croix.

(2) Corn. Alap. in Ep. ad Philip.

es el último grado de perversidad a que llegar puede el hombre; pero en vano, vuelvo a decir, se ha pretendido mofar o deprimir la Cruz, porque los cristianos, los que *verdaderamente* nos gloriamos en la Cruz de Jesucristo, reconocemos con San Pablo que ella es por la cual Dios ha manifestado su poder y su sabiduría (1 ad Cor., c. 2), y que ella es el signo característico de su triunfo y de su gloria. Escandalícese el judío al aspecto de la Cruz, búrlese el pagano, niéguela el hereje, que nosotros repetiremos con el ilustre filósofo San Justino: «La Cruz es el signo más brillante del poder de Jesús, no menos que del imperio que ejerce sobre el mundo entero» (1). ¿Y estaríamos acaso engañados los cristianos en creer que la Cruz es para la Iglesia el arma de todos los tiempos, contra toda clase de enemigos y en todas las emergencias de la vida? No, católicos, no; y para confirmaros en vuestra fe, yo no me remonto a los primeros siglos de la Iglesia: la demostración sería entonces más espléndida; sin apartar la vista de la insigne Rosa, yo advierto en su vida circunstancias análogas a la situación presente. Santo Toribio de Mogrobojo era el Arzobispo de Limá en tiempo de Santa Rosa; la relajación había invadido una parte del Santuario; la avaricia de algunos obispos sufragáneos y de varios otros sacerdotes, sostenida por los poderosos, causaba indecibles amarguras al Primado de aquella iglesia; contradicciones de parte del Virrey, delicadas cuestiones sobre el real patronato, y aun desarregladas e injustas pretensiones de parte del mandatario español, complicaron más la situación, y como era natural, provocaron animadversiones, y se formaron parcialidades y bandos. ¿Qué hacía... cuál era la conducta de Rosa en medio de unos males que tan de lleno herían su corazón inflamado en el celo de la gloria de Dios y de la Iglesia? Leed la historia de su vida... leed el *Año Cristiano* de Croizet, que de propósito os cito esa obra, bien conocida, para que se vea que nada digo que pueda revocarse a duda, porque el púlpito no es lugar de opiniones, ni la verdad necesita para sostenerse, de trampantojos.

(1) Apolog. 1.º n. 55.

Leed a Croizet, y os dirá que esas espantosas penitencias de que yo he hablado al principio, *las renovaba Rosa con mayor rigor cuando*, por las circunstancias que acabo de indicar, *entendía estar irritada la divina justicia, y temía viniese algún castigo a su patria*. Entonces era cuando se abrazaba más estrechamente con la Cruz de Jesucristo; cuando sus caritativas entrañas se conmovían por la suerte de los pecadores; cuando su boca se abría... ¿para qué? ¿para pedir el castigo de los malos? No, mil veces no; porque semejante oración será propia en la boca de un réprobo, mas no en los labios de ningún racional, mucho menos en los de una mujer cristiana, y de una mujer como Rosa, que si abre sus labios es para articular gemidos y súplicas por todos sus semejantes; que si levanta las manos es para recabar la gracia y el perdón, y que sin hacer ostentación de su celo, gime en secreto, y con sus lágrimas consigue el remedio de los males que afligían a su patria. ¡Bello ejemplo, señoras, permitidme os lo diga, bello ejemplo! que a vosotras que conserváis vuestro más bello ornato, el pudor, y que estáis animadas de una piedad sólida, os preservará de aquel escandaloso celo que, aun en el culto de Baco, reprobaron los filósofos del paganismo en las impudentes mujeres de Atenas. La Cruz es, mis amados oyentes, el símbolo de la caridad del Salvador; la Cruz, dice el Papa San León (1), es la que hace augusta la dignidad de los Pontífices, sagrada la unción de los sacerdotes, esclarecido el orden de los levitas; la Cruz es el origen de todas las gracias, la fuente de todas las bendiciones; y si la paciencia es una virtud tan sublime, que Tertuliano ha dicho que Dios quiere más bien que se dude de su divinidad que el que se ponga en duda su paciencia, *maluit de divinitate quam de patientia dubitari*, la Cruz es el símbolo de esta paciencia, que sosteniendo a Rosa en tan terribles pruebas, la dispuso a recoger el fruto de sus trabajos en los favores del cielo: *gustavit et vidit...*

(1) Serm. 8 de Passione Domini.

SEGUNDA PARTE

«Según la muchedumbre de los dolores que han afligido mi corazón, ha sido la abundancia de inefables consolaciones con que vos, Dios mío, habéis inundado mi alma.» Así se expresaba el Real Profeta; así exclama Rosa de Santa María. A la manera que después de una caliginosa y oscura noche el astro del día se levanta majestuosamente y derrama con sus benéficos y esplendentes rayos el calor y la vida, así Rosa, después de las densas tinieblas que tanto la afligieran y conturbaran, ve brillar el luminoso Sol de justicia. Los cielos se abren, y entre una multitud de celestes espíritus Jesucristo se le aparece y le dirige estas palabras: «Rosa de mi corazón, yo te elijo por mi esposa.» ¡Oh palabras dignas de un Dios, fiel en sus promesas, tierno en su amor, liberal y profuso en sus dones! Desde este dichoso momento la vida de Rosa no es más que un continuado comercio con el cielo: apariciones del Salvador, de su Santísima Madre, del Ángel custodio, de Santa Catalina de Sena, quien se constituye su maestra en esas sendas misteriosas; éxtasis, raptos, transportes: tal es la cadena de maravillas, de favores insólitos, que se presentan a mi consideración, pero que son aquéllos, arcanos de que el hombre no debe hablar, y sólo debe acatar y respetar. Fue entonces cuando, abrasándose Rosa mucho más en el amor de Dios, se inflamó más en el amor del prójimo; de estos dos amores que crecen a la par porque se derivan de un mismo principio y tienden a un mismo fin; fue entonces cuando abandonando por muchas horas del día los encantos de su soledad, se consagró al cuidado de los enfermos, a la consolación de los afligidos, al alivio y socorro de los necesitados, a la conversión de los pecadores, siendo muchos los que ganó para Jesucristo con sus fervorosas oraciones, no menos que con los irresistibles encantos de su caridad y los obligantes oficios de su misericordia. Así nuestra Santa (para aplicarle el elogio que de San Pablo hace el Crisóstomo), abrasada en la caridad, se transformó en la caridad misma; y consumida al fin por esa llama divina la frágil morada del cuerpo, su alma purísima voló a consumir en santas y eter-

nas delicias el sagrado desposorio con que acá en la tierra la había honrado Jesucristo. *Gustavit et vidit.*

Mis amados oyentes: esta clara y dichosa visión de Dios, de que hoy goza Santa Rosa de Lima, también nos está prometida. Nuestros días son breves sobre la tierra, y no teniendo aquí, según la frase del Apóstol, *una ciudad permanente* (2 ad Cor. 5), debemos dirigirnos a la que el Soberano Artífice nos ha preparado en el cielo. Dios, *que quiere la salvación de todos los hombres y que ninguno perezca* (2 Petri 3), no exige de nosotros, para hacernos eternamente dichosos, sino *la caridad que todo lo sufre* con paciencia, la caridad que a *todos se extiende con benignidad*. ¿Por qué, pues, nos empeñamos en perder la felicidad del cielo, privándonos al mismo tiempo de los positivos consuelos de una virtud, que sola contiene *las promesas de la vida presente y de la futura*? ¿Hemos perdido el juicio y llegado a tal frenesí que hagamos de la vida un infierno temporal, para continuarlo después en una desesperación eterna? ¿Qué otra cosa es esa nefanda discordia que nos devora, y que en algunos se ha convertido en furor que los enajena? De buena fe decidme, católicos, ¿podrá el *Dios de paz*, como se llama en la Escritura, haberse transformado en autor de la discordia? ¿Podrá una religión, que no respira sino amor fraternal, justificar ese cisma, esa división, que los sacerdotes debemos ser los primeros en condenar? ¡Oh vosotros, los que abusando de la sencilla credulidad del pueblo, y soplando en todas direcciones el incendio de la discordia os habéis constituido *precursores del Antecristo*, según las palabras de San Cirilo Obispo de Jerusalén (1), venid, venid, y si no tenéis *cauterizada la conciencia* (1 ad Timot. c. 4), contemplad con espanto el fruto de vuestros infernales trabajos...! Nuestros campos salpicados con la sangre de los granadinos, los palpitantes cadáveres de nuestros hermanos, las viudas y los huérfanos (esto no puede referirse sin lágrimas) reclamando en vano un esposo.... un padre...; los infelices labriegos y los pobres artesanos precisados a dejar sus casas, a abandonar sus familias al ham-

(1) Catechési 15.*

bre, a la miseria, tal vez.... ¡Dios mío!.... a la prostitución; los sufrimientos, el desamparo, las lágrimas, el dolor, extendiendo su lóbrego manto sobre un pueblo sencillo, virtuoso, digno de mejor suerte; la parálisis del comercio, el atraso en los negocios, los perjuicios, las privaciones; la Iglesia abatida, el sacerdocio degradado, el clero granadino hecho la fábula y el escarnio....! Y todo este conjunto de calamidades y de maldiciones, a nombre de la religión, a nombre de Jesús, «Rey pacífico, Príncipe de la paz, manso y humilde de corazón! ¡de Jesús, quien mirando con horror el derramamiento de sangre, aun la de los animales, abolió los sacrificios de la antigua ley y quiso que sólo su sangre se derramase en el Calvario, y que su sangre fuese el único sacrificio del pueblo cristiano! Si tan horrendos males se pretendieren todavía (porque ¿hasta dónde no van la obstinación y el endurecimiento?) autorizar con el nombre de Dios, el pueblo, que ya está bien desengañado, responderá: «No es ese el Dios que nos anuncia el Evangelio, y en quien nosotros creemos y adoramos; ese será el dios de los caníbales, en cuya imagen y semejanza reconocerse podrán.... sólo los demonios!»

¡Virgen insigne! ¡esclarecida Rosa! la suerte de la Nación y de la Iglesia granadina os interesa porque sois la patrona de toda la América. Alcanzadnos, con la unidad y la paz, el remedio de todos nuestros males. ¡Que el majestuoso pabellón de la República, llevado hoy en las manos de millares de valientes que han dado por su lealtad y valor tantos días de gloria a la patria, restablezca por dondequiera el imperio del orden, de la justicia, de la ley! ¡Que la Iglesia granadina, salvándose de esta crisis, recobre, por la caridad que debe animar a todos sus ministros, su verdadero esplendor; y que marchando el sacerdocio y el imperio de concierto, reconciliados sinceramente todos los granadinos y unidos con el vínculo de la paz, tengamos en ella la prenda segura de nuestra felicidad eterna! Amén.

